

## Enviados con una misión

*«Me ha enviado a predicar buena noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; [...] a consolar a todos los que están de luto».* Isaías 61: 1, 2

Un sábado 20 de noviembre del año 2003, siendo bastante joven, recibí el mensaje del evangelio gracias a una dama misionera llamada Dámaris Ruiz.

Estaba pasando un momento difícil y complicado, mi corazón estaba quebrantado. No obstante, por la gracia de Dios, el Espíritu Santo me tocó, recibí a Cristo como mi Salvador y fui bautizado.

A raíz de mi conversión, mis padres, dos de mis hermanas y algunos primos conocieron el mensaje de salvación. El Señor, sin duda, tenía un propósito para mi vida, pues me convirtió en su instrumento para predicar a otros y servirle hasta hoy como pastor de la Iglesia Adventista, en Chiapas, México.

Agradezco a Dios porque la hermana Dámaris Ruiz conocía bien su lugar en la viña del Señor. Había comprendido el mensaje del profeta cuando dijo: *«Me ha enviado a predicar buena noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que están de luto»* (Isa. 61: 1, 2).

La hermana Dámaris solo siguió los pasos de su Maestro. Cristo vino y cumplió cabalmente su misión, y nos dejó el privilegio de participar de su obra llevando el mensaje a todos los que no han tenido la oportunidad

de escuchar de él y aceptarlo. Es una tarea desafiante que nos mantendrá ocupados hasta que Cristo venga por segunda vez.

Elena G. de White confirma que nuestra participación en la misión es la voluntad de Dios: *«Los siervos de Cristo han de seguir su ejemplo. Cuando él iba de lugar en lugar, confortaba a los afligidos y sanaba a los enfermos. Luego, exponía las grandes verdades referentes a su reino. Esta es la obra de sus seguidores. Mientras alivien los sufrimientos del cuerpo, hallarán maneras de ministrar a las necesidades del alma»* (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 18, p. 189).

Quizá alguno de ustedes se pregunte: *«¿Por qué debo cumplir la misión? ¿Por qué debo hablar a otros si hay muchos más que lo harían mejor que yo?»*. Es cierto, algunos quizá lo harían de manera extraordinaria, pero Dios quiere que todos crezcamos en la experiencia de la salvación, pues «a cada uno se le ha asignado una obra, y nadie puede sustituirlo» (*Servicio cristiano*, cap. 1, p. 14).

Queridos hermanos, ustedes y yo tenemos un lugar y una obra que realizar en la viña del Señor. Hoy, él te pregunta: *«¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?»*. Que nuestra respuesta sea: *«¡Heme aquí! ¡Envíame a mí!»* (Isa. 6: 8).

**Pr. Antonio Hernández Soto,**

Asociación del Grijalva,

Unión Mexicana de Chiapas, México.